

dos de joven y sus glorias de hombre, lo declaró benemérito suyo en 10 de Octubre de 1882, como Tabasco en 1884 lo constituyó en Ciudadano distinguido del Estado, y como el Ayuntamiento de esta Capital en 1887, le dedicó un voto de gracias por los eficaces servicios prestados á esta entidad en épocas angustiosas y durante los acontecimientos políticos que también la conmovieron; y aunque ya desde el año de 1882 tenía á su cargo las funciones anexas, como General en Jefe de la 11ª Zona militar, con aplauso y á satisfacción del Supremo Gobierno nacional, que le confió aquel delicado puesto, fué nuevamente electo Senador propietario por Campeche en 1887, aún cuando tal encargo no pudo desempeñarlo, en virtud de ser necesarios é importantes sus servicios en los Estados que el Gobierno confió á su vigilancia. Pocos como él conocían de una manera tan completa, el carácter, las costumbres, las personas y las necesidades de esta parte de la República, por muchos títulos importante. Los mismos empleos tenía al separarse para siempre de nosotros y remontarse al cielo de la inmortalidad, habiéndole cabido por último, la gran satisfacción de presidir la Cámara de Senadores, al comenzar ésta sus trabajos en Septiembre del año próximo anterior.

Las muchas comisiones honoríficas y de sumo interés que se confiaron á su inteligencia, mismas que supo desempeñar, dejando siempre á la altura que le correspondía, la honra de su patria, es el termómetro más exacto del concepto que el digno General Ciudadano se había conquistado, así entre sus iguales é inferiores, como entre los hombres que han llevado en sus manos las riendas del poder y la administración del país. Juárez, el

gran republicano, el bravísimo defensor de la autonomía de México, el patricio sin mancha, que con tanta firmeza sostuvo los fueros de la justicia en su larga carrera pública, el que si á alguien investía con delicados cargos, era sólo á quienes en su elevadísima inteligencia había juzgado dignos de tal honra, Juárez, repito, siempre hizo de nuestro ausente amigo el aprecio que merecían para él los hombres de mucho valer y de inmenso corazón. Lerdo, el orador por excelencia, el potente rey de las tribunas, el gran publicista y eminente hombre de Estado, Ministro, colaborador y sucesor del mismo venerable padre de la Patria, tuvo para el Sr. Baranda iguales consideraciones que su antecesor: el digno militar que supo colocar al ejército mexicano en esfera distinguida por su moralidad; el muy ilustre y respetable General Sr. D. Ignacio Mejía, participó también, del cariñoso entusiasmo que por nuestro héroe sintieran los dos prohombres que antes mencioné; y cuando después de una revolución conmovedora, se ha levantado sorprendente de entre los escombros del poder, el del fundador de la paz, el del caudillo de la libertad, el del tanto más grande cuanto más modesto soldado de la República General Porfirio Díaz, y se pudo creer caído en los abismos de la desgracia el nombre ilustre del peninsular campechano D. Pedro Baranda, aquél surgió de nuevo, con más esplendor aún, á la vida pública, siendo el mismo General uno de los principales ejes sobre que ha girado la administración del país; una de las sólidas y hermosas columnas sobre que ha descansado el magnífico y suntuoso templo erigido á la paz, al progreso y la libertad; uno de los brazos más enérgicos, activos y poderosos de que

se ha servido para llegar al asombroso resultado que palpamos en bien de la Nación, el admirable autor de tantos progresos, y de la felicidad que ha comenzado á disfrutar la República, misma que completa alcanzará, mediante el ejercicio tranquilo de sus facultades y derechos; mediante el desarrollo y aprovechamiento de sus numerosos y ricos elementos.

Los hombres que como el patriota General Baranda han consagrado su vida de una manera absoluta al servicio de sus conciudadanos, al sostenimiento de todas las libertades, á la ilustración de las masas y al progreso de la sociedad, llenando el medio en que han vivido con la saludable influencia de su ejemplo, de su patriotismo y de su sabiduría, son mil veces dignos de que, levantándose monumentos á su grandeza, se perpetue su memoria mediante la eterna recordación de sus actos meritorios y de sus virtudes cívicas y privadas.

Y cuando esos hombres no sólo han sido patriotas eminentes, caudillos denodados, probos Administradores y Gobernantes sabios y justicieros, sino que al hogar también han llevado raudales de dulzura para sus pequeños, ó cumplido como cariñosos padres los deberes que si la naturaleza no ha impuesto han sido dictados por la conciencia del honor y por la inspiración de una alma generosa y levantada, entonces ni nuestra admiración debe reconocer límite alguno, ni nuestro sentimiento contenerse dentro de nuestro corazón, sino desbordarse en torrentes de reconocimiento y adhesión, hácia esos seres extraordinarios y misteriosos, que enviados por la providencia para guiar á la humanidad en los oscuros, ásperos y

sangrientos senderos que ha venido recorriendo y debe recorrer, alumbran su camino con la brillante luz de su inteligencia, restañan sus heridas y alivian sus dolores con el bálsamo de su patriotismo; predicán con la palabra la libertad, defendiéndola con su espada y con su valor, llegando si es preciso, hasta el sacrificio, y son en la familia los mecenas de la niñez, los que creando en los espíritus infantiles las ideas del bien, de lo justo, de lo noble y de lo grande; de la virtud, de la libertad y del patriotismo, preparan el camino para los héroes, y son los apóstoles de la ciencia, de la razón y del derecho.

Bendita sea, Señores, la existencia de los que, como el insigne y caballeroso General Baranda, tanto han sabido ser útiles á su patria, conságrandole sus talentos y su aptitud, como á sus familias, inspirando á cada uno de sus miembros el sentimiento del deber; como á las personas que han tenido la honra de escuchar los sabios consejos de la experiencia, comunicados en el tono profético de los que sienten iluminada el alma con la fé de la razón y con la conciencia de la justicia.

Yo que tuve la fortuna de vivir por algún tiempo aprendiendo, como en un libro abierto, en el corazón del inteligente soldado esclarecido, á amar y aborrecer con las fuerzas todas del afecto y con la profundidad de las pasiones exaltadas, pude juzgar de aquella alma elevadísima, cuando en la escala del sentimiento llegaba hasta las notas más fuertes en el tono severo de su voz, ó descendía hasta las más suaves y armoniosas en su entusiasmo por las letras y por la amistad, por la exageración del valor, por el talento y por la virtud.

Y aún las pequeñas debilidades de aquella grande alma, eran la revelación evidente en ella, de otras tantas nobles cualidades, porque si entrañablemente aborrecía, siempre se hallaba dispuesta á la generosidad y al perdón.

Para que el ilustre General no hubiera tenido aquellas pequeñas sombras en su existencia brillantísima, habría sido preciso que no perteneciera á la especie á que los hombres pertenecemos.

¿Qué mérito habrían tenido, entonces, sus virtudes y su valor, ni su constante consagración al servicio de la patria, de sus instituciones, de su independencia y de su libertad? Cuando los griegos y los romanos, valientes hasta la temeridad, admiraban en sus héroes las dotes y virtudes que los colocaban en la esfera de lo extraordinario y superior, levantábanles templos, y les consagraban el culto debido á los dioses inmortales.

Nosotros, que si bien ayer nacidos á la vida de los pueblos independientes, y sin preciarnos de grande ilustración, creemos tener el patriotismo y la altivez ingénita en las razas que forman nuestro origen; ¿por qué no hemos también de señalar al cielo como punto de partida de nuestros progenitores y fundar con el culto á nuestros héroes y al Supremo Artífice del Universo, nuestra única y sublime religión?

Sí, Señores: consagremos la memoria de nuestros muertos ilustres, elevemos al apoteosis sus heróicos hechos, y al cantar con voz doliente las glorias de aquellos que tienen derecho á la inmortalidad, coloquemos en la tumba de nuestro eminente General y compatriota los lauros que por nuestra mano y sobre su yerta frente coleca el pueblo de Tabasco á nombre de la patria dolórida,

que en aquél perdió á uno de sus más constantes defensores, de sus más esforzados campeones, de sus más hábiles políticos y gobernantes; á uno, en fin, de los que tuvieron la alta honra de formar y suscribir el gran libro nacional, y de pertenecer á los héroes legisladores, que al consumir la salvadora revolución de Ayutla, consagraron la libertad y deificaron su nombre, dando al pueblo la progresista y sábia Constitución de 1857.

HE DICHO



APOTEOSIS.



APOTEOSIS.

por Leon Alejo Torre.

Al mundo triste y de dolor cubierto
Que espera que la tumba te devore
Venimos á decirle que no llore,
Venimos á decirle que no has muerto.

MANUEL ACUÑA.

NO en la tumba de ese hombre coloquemos
La sentencia fatídica del Dante,
“*Lasciati ogni speranza:*” no dudemos
De tanta honra y galardón delante.
No el “*Dies iræ*” contristado alcemos
Que al aterrado corazón quebrante.
¡Fuera el crespón! Enmudecéd la orquesta:
¡El Templo de la Gloria está de fiesta!

Los varones ilustres nunca mueren
En la memoria de la patria amada:
Sus nombres, sus virtudes se refieren
De la historia en la página dorada
Para que las edades que vinieren
Del bien conserven tradición sagrada.
¡Oh! ley del corazón sensible y tierno,
Tú harás el nombre de Baranda eterno!

El amigo de nobles sentimientos,
De leal carácter y de trato afable,
Aquel apóstol que nos diera alientos
Cuando el destino se mostró implacable
De la patria en los tétricos momentos,
Nos lega como herencia inapreciable
Amor hácia lo digno y elevado,
Idéal que siempre persiguió esforzado.

Hijo de un héroe, en su serena frente
La Luz de Trafalgar relampagueaba
Mientras en su alma generosa, ardiente,
La memoria gratísima abrigaba
De aquel marino intrépido y valiente
Que por la Patria y Libertad luchaba
En las aguas del Golfo, hasta que viera
Al aire ondear la tricolor bandera.

De su padre heredó la bizzaría
Y de su santa madre la ternura
Por eso, bravo cual león, tenía
De leal amigo la sin par dulzura.
Puso al servicio de la patria un día
De su carácter la viril tersura
Y soldado de honor, tuvo por norma
INDEPENDENCIA, LIBERTAD, REFORMA.

Al rudo golpe de su fuerte acero
Se alza Campeche libre y soberano
Y Estado ya, tras el combate fiero
Tiende á su hermano Yucatán la mano.
Surgió Campeche brillador lucero
En el límpido cielo mexicano
Y ora derrama su apacible brillo
Sobre la tumba de su gran caudillo.

Su alma, templada por el patrio fuego
Cual las de Juárez, Valle, Degollado,
Ocampo y Zaragoza, al bando ciego
Que el manto de la patria ha desgarrado,
Sangrienta guerra declaróle luego
De la sagrada Libertad soldado.
Por eso la memoria veneranda
Tabasco guardará del gran Baranda.

Quando la Independencia peligraba
Y el pueblo entero se lanzó á la guerra,
En "San Joaquín" nuestro adalid estaba
Al lado de los libres de esta tierra.
Quando do quiera el invasor triunfaba
Nada á su grande corazón aterra:
Que abrazado al pendón republicano
Alienta con la fé del espartano.

Este sitio, esas calles lo admiraron
En su puesto de honor firme y sereno
Quando las naves del Imperio anclaron
Y retumbaba del cañón el trueno.
Los tabasqueños con valor lucharon
De pátrio fuego palpitante el seno,
Hasta que por sus Jefes fué ordenada
La de entonces honrosa retirada.

Que en la defensa nacional no entraba
La obstinación en sostener lugares
Que el arte de la guerra no aprobaba
Ni los sábios principios militares.
Por eso Llave á Veracruz dejaba
Y á México más tarde dejó Juárez.
El triunfo nacional á probar vino
De la defensa el acertado tino.

En medio á los azares de la guerra,
En época de pruebas y reveses,
Cuando tembló la mexicana tierra
Bajo el peso de ejércitos franceses,
Baranda en campos, en ciudad, en sierra
Al enemigo combatió mil veces.....
¡Ah! quien tan digno se portó no ha muerto:
Nos preside, nos vé, ¡está despierto!

No en la tumba de ese hombre coloquemos
La sentencia fatídica del Dante,
“*Lasciati ogni speranza:*” no dudemos
De tanta honra y galardón delante.
No el “*Dies iræ*” contristado alcemos
Que al aterrado corazón quebrante.
¡Fuera el crespón! Enmudecéd la orquesta:
¡El Templo de la Gloria está de fiesta!



ELOGIO FUNEBRE.